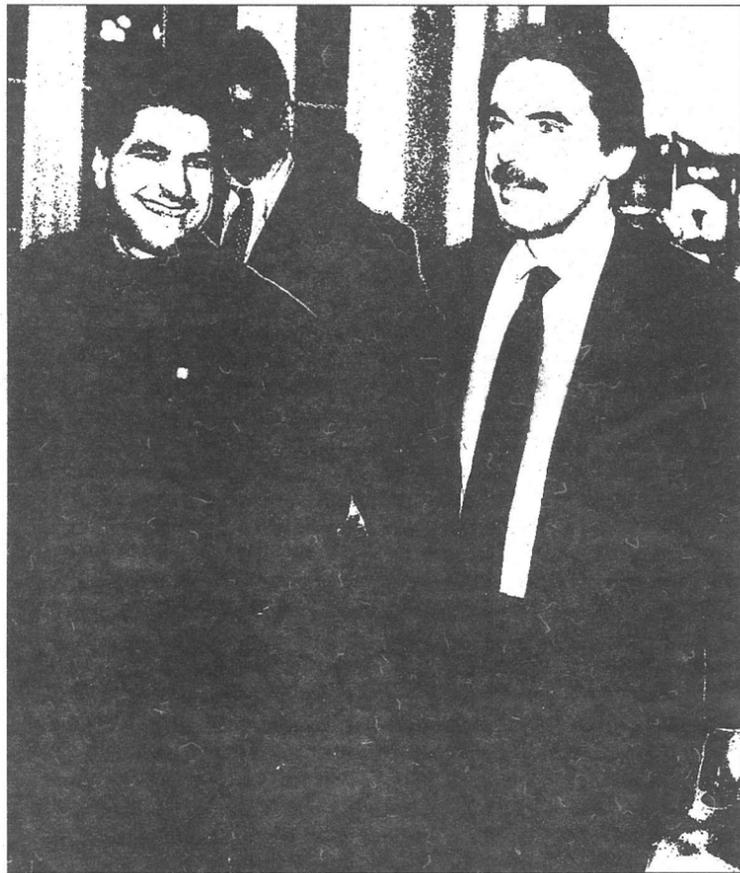


El político asesinado



JOSE RAMON RECALDE
Abogado y catedrático de sistema jurídico de la ESTE



las reglas del juego de la convivencia y porque creía en una sociedad de ciudadanos.

Y porque había convertido estas ideas, estos deseos y estas acciones en oficio. Le han matado

TODOS los asesinatos son igualmente injustos. Todas las víctimas provocan nuestra solidaridad y nuestra compasión. Todos los muertos nos causan dolor.

Ante la muerte de Gregorio Ordóñez es justo que mostremos, incluso antes que nuestra indignación, nuestra conmoción.

¿Qué tiene de especial, entonces, el asesinato de un político, de un parlamentario, de un concejal?

El crimen, añadido al crimen. La acción consciente encaminada a destruir al convivencia.

Los hombres y las mujeres que viven en sociedad se llaman ciudadanos habitantes de una misma sociedad política cuando intentan superar la agresión, la intolerancia, la imposición de la propia voluntad sobre la de los demás.

Por eso han justificado el orden político y lo han inspirado en valores de convivencia: la verdad se va determinando por el diálogo y el debate; la voluntad general se establece como regla doble: la mayoría tiene derecho a decidir, la minoría tiene derecho a discrepar y a pretender relevar a la mayoría; sobre todo, nadie, ni mayoría ni minoría puede atentar a los derechos del individuo.

Pero el atentado contra el político es, no sólo el atentado contra el individuo sino el acto por el cual se pretende que el orden del diálogo, de la democracia y de la libertad desaparezca, junto con la vida del político asesinado.

No hay muertos privilegiados, porque el crimen iguala a todas las víctimas. Pero a Gregorio Ordóñez le han matado porque expresaba con libertad su idea del sistema político, porque aceptaba

porque era un político.

Con su muerte, su oficio queda terriblemente herido, pero también dignificado. Aunque sólo fuera por el contraste que para siempre ha quedado sellado entre la víctima y los verdugos.

Como ocurre siempre ante los efectos fanáticos, quizás antes que la conmoción, que la solidaridad y que el dolor, los ciudadanos que quieren un orden de convivencia, los ciudadanos con ánimo de construir una ciudad común, sentimos el espanto.

Esa incapacidad para penetrar en las justificaciones que le han llevado al asesino a quitar la vida de la otra persona. Esa percepción de que, junto a nosotros, hay alguien que ha conseguido colocarse fuera de la comunidad de convivencia, que ha elegido ser un helado ángel de la muerte.

No creo que estos seres feroces sean hoy capaces de entrar en la comunidad de diálogo. Son personas como nosotros. Pero la ferocidad se ha apoderado de ellos, de manos del fanatismo. ¿Cómo podrían, en estas circunstancias, ni siquiera comprendernos?

Por eso, en última instancia, son estas líneas una reflexión para nosotros mismos. Para que sepamos que el edificio que los ciudadanos hemos creado es fuerte y resiste los ataques.

Que tiene su propio sistema de defensa, que no hay que corromper. Y que, frente a este sistema, los ángeles de la muerte hace tiempo que han fracasado.

La crueldad de sus acciones es grande, el dolor que causan es inmenso. Pero son crímenes inútiles. La ciudad de los hombres libres está asegurada.

Golpe de ETA al 28-M

FEDERICO ABASCAL

EL atentado etarra contra Gregorio Ordóñez, no es sólo la enésima prueba de la siniestra villanía de ETA ni siquiera el indicio de que, a partir de ahora, los políticos podrían convertirse en diana predilecta de sus pistoleros. Lo que a primera vista plantea este nuevo crimen es si la política del PP en Euskadi, que ha venido expresándose meridianamente en labios de sus dirigentes, desde Jaime Mayor Oreja a Gregorio Ordóñez, no merece más atención de la que se le ha prestado hasta ahora. Sigue encuadrado el PP en el marco de Ajuria Enea, pero asume algunos puntos de la estrategia común con reticencias y hasta con recelos confesados.

¿Por qué ha disparado ETA contra un dirigente popular, a traición obviamente, y cuando las movilizaciones organizadas por HB contra los GAL habían arrojado un saldo deprimente para la banda? El sumario reabierto sobre los GAL se ha convertido en política químicamente pura, en una exigencia de depuración de responsabilidades, en pretexto para imputaciones partidarias contra el Gobierno y hasta para una estrategia gubernamental, muy defensiva, encaminada a politizar la génesis del sumario.

Desde la marginación etarra, ese espectáculo debería interpretarse como una catarsis o expiación gubernamental de hechos del pasado con efectos retroactivos sobre el presente, y sobre todo con una finalidad purificadora, dentro todo ello de una convulsión política controlada. La democracia funcionando con su gesto más adusto, pero a presión máxima y a pleno rendimiento.

No le agrada seguramente a ETA esa situación, de la que no puede esperar nada y contra la que tiene al parecer muy poco que decir, excepto el pistoletazo habitual de sus *gunmen*, supuestos héroes de burbuja social, retroalimentados de su propia incoherencia. Por ello tal vez debiera interpretarse el asesinato de Gregorio Ordóñez como el primer acto de presencia etarra, anticipado e impaciente, en la campaña electoral de las municipales, en las que Ordóñez iba a ser candidato a la alcaldía de San Sebastián. No podía faltar unas elecciones sin ETA derramando sangre. Han vuelto a producirse los comunicados de siempre, pero el más rápido, el del portavoz Anasagasti del PNV, consideraba que el atentado sufrido por Ordóñez iba dirigido contra todos los políticos democráticos de Euskadi. Y contra la sociedad vasca, y contra toda la sociedad española.

Una viuda y un huérfano



JOSE MARIA CALLEJA

EL domingo paseaba con su hijo de ojos azules a hombros. Le acompañaban su mujer y otros amigos, componían felices la estampa típica de domingo donostiarra. Hoy, hay un huérfano de ojos azules, que no ha cumplido dos años, una viuda joven, de pelo claro, y unos amigos desamparados.

«Ninguno de ellos va a poder vivir de la misma forma a partir de ahora.

El que le ha disparado en la nuca es posible que esté eufórico en este momento. Los que le han pasado la información, el resto de sus colegas, le habrán felicitado por quitar de delante, para siempre, a una de las personas que ha sido más dura en sus expresiones contra el grupo terrorista.

Pero los demócratas debemos saber que esto sólo sirve para alimentar la orgía de sangre en la que viven algunos, para reeditar el placer de quienes disfrutaban con la muerte.

Los asesinos han conseguido lo que se proponían: hacer daño. Querían meter miedo en las venas, en el cuerpo de los políticos, para que cuando asistan al funeral piensen en que

los próximos pueden ser ellos y traten de buscar una salida.

A eso aspiran, según sus propias confesiones. Pero está claro que con cada muerte, después de la excitación, cuando bajen a la realidad otra vez, comprobarán que no han avanzado ni un milímetro, que están cada vez más aislados y que tienen más sangre a sus espaldas y que, cuando pase el tiempo, van a vivir más días angustiados por la muerte.

El único consuelo ante un hecho al que no se puede dar marcha atrás, es que cada vez somos más los que no queremos muertos, cada vez está más clara la única diferencia importante que existe en este país: los que matan y los que no matamos; los que no quieren la democracia, y los que necesitamos la libertad para vivir.

Por eso, en frío y con prudencia, debemos extraer de este crimen la misma conclusión que de los otros: contra el terror, sólo cabe la paz; contra la muerte, sólo vale la ley; contra el crimen, la respuesta democrática, en las urnas, por ejemplo.

En el plazo de dos años han asesinado, en la

misma calle prácticamente, a tres personas: en enero de hace dos años, asesinaron a Santamaría; en julio del año pasado, a Olarte; y ahora, a Ordóñez.

Los asesinos han tenido esta vez el detalle de no asesinarle el día de San Sebastián, como hicieron con Santamaría, quizá porque ese día sí tenía escolta policial, por la visita de dirigentes de su partido a San Sebastián. Han esperado unos días y le han matado mientras comía, como a otros muchos.

Ayer llovía en San Sebastián; como si se tratase de un elemento necesario para componer este macabro paisaje de la muerte, la lluvia suele acompañar.

Llovía también el día en que asesinaron a Enrique Casas, febrero de 1984, cuando Ordóñez lloraba a la puerta de su casa; llovía cuando Ordóñez era el primero en llegar a muchos de los atentados que han tenido por escenario San Sebastián, y allí estaba Ordóñez.

Quizá esta muerte sirva para que piensen, aquí en Euskadi, los que hasta ahora han apoyado la violencia; si es así, al menos de algo habrá servido. Ojalá sirva para que los que últimamente, en Madrid, disfrutaban pidiendo más madera, se paren un segundo a pensar en su frivolidad.

En cualquier caso, los demócratas, los que tenemos claro que no nos gusta la muerte, tenemos que hacer una piña, unimos y rodear de cariño a su viuda, de pelo claro, a ese huérfano, de ojos azules, que no ha cumplido dos años, como debemos hacer con todas las víctimas del terrorismo. Estos son los únicos argumentos de los demócratas.